

Se separaron, mucho más amigos de lo que ellos mismos creían.

—¡Ella es muy amable, indudablemente, y menos mala de lo que yo suponía!—pensaba Max, dentro del tren que le conducía á París. ¡Cuán difícil es conocer á las jóvenes!

La faz delicada de Evelina, con su chal de lana blanca, y el perro á sus pies, en medio de aquella grande y hermosa habitación soleada, visitó varias veces á Buxy, en sus sueños durante el invierno; y cada vez saludó con una sonrisa, á la fugitiva aparición, y pensó, en seguida, en otra cosa.

XII

En Navidad, podía ya andar la señorita de La Brève, lo cual fué para ella una alegría, cuya intensidad no hubiera sospechado nunca.

Su padre, consagrado á ella, en absoluto, le ahorró, cuanto pudo, el pequeño aburrimiento de su encierro. Pronto agotaron los temas de su conversación; ella no conocía bastante á su padre, y éste temía cansarla, ó querer forzar su confianza por demasiadas preguntas.

Entonces La Brève propuso leer en voz alta, y su hija aceptó sin entusiasmo, más bien por no negarse que por la esperanza de divertirse. Las lecturas que había oído en el colegio, hechas ya por sus compañeras, ya por algunas profesoras presuntuosas que subrayaban no solamente las palabras, sino también las comas, no la habían dejado recuerdos muy gratos; pero cuando la voz moderada, armoniosa y bien timbrada de su padre se oyó por primera vez en el enorme cuarto, halló Evelina una especie de revelación.

El arte de leer bien, daba, por sí mismo, nuevo sentido á las palabras, sentido hasta entonces despreciado, mal comprendido, y aquel arte perfecto aplicado á obras de que la joven apenas conocía los títulos, la impresionó en seguida, como una cosa que es ante todo elegante y que hace agradable compañía.

—¡Papá!—exclamó Eva, así que su padre hubo dejado el libro sobre la mesa,—¡lee Vd. como un ángel! ¡Nunca me había hablado de esa habilidad! Me gusta-

ría leer tan bien como Vd.; no me serviría para gran cosa; pero sin embargo, siempre es agradable.

—A leer puede aprender uno solo prestando un poco de atención y de buen gusto; pero para leer completamente bien, se necesita haber vivido, padecido... No obstante, hay ciertas reglas; si quieres, podremos ejercitarnos juntos, á condición de que no trates de imitar mi entonación, pues una niña, no debe ser un lorito.

No sólo aprendió Evelina, durante aquel invierno, á leer, sino que también estudió la vida, en sí misma, en las conversaciones que tenía con su padre, sobre todos los asuntos.

—¿Cómo he podido llegar á poseer tantas ideas?—le dijo un día al señor de La Brève.—Antes, creo que no tenía ninguna, á excepción de las cosas de todos los días.

La primera vez que, apoyada en su padre, pudo dar algunos pasos por el jardín, seguida del gran dahnés, que se había vuelto muy pacífico y sociable desde que habitaba en la Roseraie, la joven se consideró muy feliz.

Cuando volvía á su casa, terminado el paseo, apareció el cartero, abrigado hasta las orejas, y entregó á Evelina una carta con un ancho escudo. Evelina la abrió, allí mismo.

—¡Se casa Odette!—exclamó alegremente.—Por eso no la he vuelto á ver! Nos invita á una velada para el día 6 de enero, en que se verificará su petición oficial. Dice que habrá baile toda la noche... y que nos darán habitación. ¡Oh! ¿padre, iremos, verdad?

Estaba tan linda, tan viva, con sus ojos brillantes en su carita, algo pálida por su largo encierro, pero en aquel momento muy encarnada, por su alegría, que su padre le contestó en seguida, que sí ¡Pobre niña! Bien había ganado aquella satisfacción, por su paciencia, de la cual se había asombrado Elmira más de una vez, comunicándoselo á José, que era su confidente.

Las Navidades y el día primero de año, desaparecieron en una nube de preparativos. La Brève, decidido á satisfacer completamente á su hija, encargó, para ella, un vestido magnífico, al mismo tiempo que alquiló una buena carretela para que los condujese á Trémengny.

Cuando Elmira vistió, para probarlo, á su joven ama, el precioso traje de tul blanco, con muchas cintas de raso, retrocedió, llena de admiración.

—¡Qué hermosa está nuestra señorita!—dijo, en voz baja, como si rezase.—¡Y pensar que la he tenido en mis brazos, muy chiquitita, cuando apenas contaba dos horas!

—¿Te acuerdas?—preguntó Evelina, tuteándola, sin fijarse, como la tuteaba en su infancia.—¿Era yo muy mala, en aquel tiempo?

—¡Un angelito de Dios!... Siempre ha sido Vd. una preciosidad.

La buena mujer, se puso muy colorada al oír que la tuteaba Evelina.

La necesidad de tener que tratar de Vd. á su antigua nena, constituía una de las mayores penas de su vida. ¿Volvería, acaso, su ama, á ser tan amable como en tiempos pasados, cuando su nodriza era su me-

¡jor amiga? En efecto, fué para Evelina mucho mejor y más cariñosa que su madre, pues ésta era muy indiferente y caprichosa.

Elmira no se atrevía á decir nada; pero sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento. Para no descubrirse, se inclinó sobre su vieja falda, fingiendo arreglar un pliegue.

—¡Pues mi traje de novia será mucho más bonito! ¡Ya verás!—continuaba la joven.

La ternura de la vieja, durante los días que Evelina permaneció en su sofá, la había ganado, sin que la niña lo notase.

—¿Y cuándo se casará Vd., señorita?—preguntó, asombrada, la sirvienta.

—¡Cuando encuentre marido!—repuso Evelina, haciendo piruetas. Luego dió una vuelta de vals en el encerado y reluciente suelo.

—¡Va Vd. á hacerse daño —exclamó Elmira,—tenga cuidado con su pie, ángel mío!

—Es verdad—dijo Evelina, deteniéndose.—Además, para una señorita casadera, me parece que no soy muy formal... Bueno, desabróchame el vestido.

Permaneció inmóvil, bajo las manos un poco bruscas y torpes de la buena nodriza.

—¡Pero tú tienes que venir á Trémégny!—dijo, de repente.—¿Quién me vestirá? Me falta una doncella.

La cosa quedó decidida. Elmira aceptó con una mezcla de vanidad y consternación cómicas, pues tenía cierto miedo de todo ese gran mundo, según declaró más tarde á José, su confidente ordinario.

El día indicado, á las nueve de la noche (pues en

el campo empiezan temprano las fiestas), Evelina, radiante, entró en el gran salón del castillo de Trémégny, y aquella entrada fué un triunfo. La misma Odette, con un traje rosa, arreglado en París, se eclipsaba ante la fresca belleza de su amiga; pero tenía otra cosa en la cabeza, y además, no lo notó.

Su novio, buen muchacho, muy correcto, y completamente nulo, en el fondo, aunque con buen barniz de inteligencia, elogió á la encantadora amiga, y comenzó el baile.

Después de pagar el obligatorio tributo de su situación de hijo y amo, Huberto, huyó de sus deberes y fué á reunirse con Evelina.

—¡Qué hermosa está Vd.!—le dijo, con acento tan convencido, que Eva no sabía si reirse ó si considerarse como adulada.—No hay aquí una mujer que pueda... ¿Un vals, me hace Vd. el favor?

Después de consultar su *carnet* , Evelina le concedió un vals.

La señora de Trémégny había tomado todas las precauciones imaginables para complacer á sus invitados; ¡eso la produciría seguramente una serie de jaquecas; pero cuando se casa á una hija, hay que resignarse á pagar con su personal! El señor de La Brève, por su parte, conocía á todo el mundo, en un radio de cincuenta kilómetros; su hija pudo cerciorarse del aprecio que le tenían, pues su padre le presentó un ejército de bailarines insaciables.

La joven se divertía como una niña, cuando Huberto se acercó á reclamar el vals prometido.

—¡Supongo que la cortejarán á Vd.!—le decía

mientras bailaban.—Es Vd. la reina del baile... Eso es indudable. Pero no debe extrañarle; á mí, á lo menos, no me choca. Sin embargo, no olvidará que yo soy el primero.

—¿El primero?—preguntó inocentemente Evelina.

—El primero que ha galanteado á Vd.

—¡Ah! ¿Vd. me ha galanteado? —le dijo ella, burlándose.—No lo había reparado.

—¡Caramba! ¡En esta época ya no se postra uno de rodillas! Eso era bueno para los tiempos de Luis-Felipe. Un día de estos iré á visitar á Vd.

—Cuando guste—respondió Evelina, mientras él la dejaba en su sitio; la joven lo encontraba estúpido, y se preguntaba si se habría vuelto así repentinamente, ó si lo era ya antes y ella no lo había notado. Pero, á partir de aquel momento, ya no tuvo tiempo de pensar en nada, más que en no armarse un lío con su *carpet* de baile.

Cuando dos días más tarde, se despertó Evelina en su pequeña cama, instalada detrás del biombo azul pálido, se preguntó si había soñado; una ojeada al *carpet* depositado en una mesa la convenció de la realidad de las cuarenta y ocho últimas horas.

Apoyándose sobre un codo, trató de recordar cuanto había sucedido: el baile, una soberbia cena, en la que Huberto, colocado casi en frente de ella, no la había quitado ojo, luego un cotillón, durante el cual la había sacado á bailar varias veces...

—¿Estará enamorado de mí?—se preguntaba detenidamente la joven, que ya lo había pensado antes, con cierta vaguedad.

La segunda pregunta, complemento de la primera, fué:

—¿Le querría yo, para marido?

Frunció sus finas cejas, para reflexionar mejor, y repitió, lentamente:

—¿Quería yo á Huberto de Trémégny para esposo mío?

Las cejas se volvieron á extender, la boca se entreabrió para sonreír, Eva dió un pequeño codazo á su almohada, y respondió, para sí mismo: «¿Por qué no?»

Decididamente, Huberto era necio; pero era muy fino y elegante, ostentaba hermoso apellido, era rico, sin duda: los jóvenes pobres no arrastran cuatro caballos por las grandes carreteras, y toda la posesión de Trémégny respiraba riqueza... ¿Por qué no?

—¡No sería un hijo como hubiera deseado La Brève!—se decía la joven, riéndose sola.—No veo, lo que pudieran decirse. ¿Se han dicho algo alguna vez? Lo dudo. Pero á pesar de todo, puede ser un buen marido... De todos modos, sería una buena boda, una buena boda—repitió movida por cierto escrúpulo que la honraba.

—¿No duerme Vd., querida?—dijo Elmira, abriendo la puerta con precaución — Pronto darán las once, y vená á preguntarle si quiere Vd., levantarse. He preparado un buen fuego, mientras Vd. dormía.

—¡Ya lo creo!—repuso Evelina saltando de su cama.—¿Y mi padre?

—Hace una hora que se está paseando, para refrescarse la sangre. ¡Qué linda estaba Vd. reina mía!

¡Era Vd. la más hermosa! ¡Creo que no tardará en casarse!

Así lo creía aquella buena alma y Evelina no estaba muy lejos de creerlo también.

Y se convenció aún más, la semana siguiente, cuando Huberto apareció cubierto de pieles; la nieve esparcía, hacía dos días, una blanda alfombra por las carreteras, y el joven había ido á la Roseraie, en trineo, con un cóchero.

La Brève, contento por la distracción que habían proporcionado á su hija, le recibió cordialmente, pero el joven sólo se cuidaba de Evelina.

—¡He venido—le dijo—porque así se lo había prometido; he convencido á mi madre de que era indispensable saber noticias de Vd. y ella misma me ha enviado! Eso es bueno para mí, porque así tengo de qué hablar en casa; pero tenía ganas de ir en trineo.

Eso no era muy lógico; mas Evelina hacía caso omiso de la lógica de Huberto, desde el momento que había reconocido su inferioridad en ese punto.

—Nos vamos á París para la boda de mi hermana.—continuó.—¿Han recibido Vds. la invitación? ¿Vendrán también?

—No—replicó Evelina con pena.

—¿Por qué? Será magnífico; ¿sabe V. lo que es una boda? Compadece á los recién casados, que ya no saben lo que hacen, antes de ir á la iglesia; quiero decir, al novio, porque él es quien carga con todo... ¡Debería Vd. venir, así no me fastidiaría yo!

El señor de La Brève escuchaba aquel lenguaje; con cierta dosis de melancolía; pero sin extrañeza.

Huberto era un ejemplar de una especie ya conocida.

—No iremos—dijo cortésmente;—lo siento; pero un viaje á París, en esta estación, no tiene grandes alicientes.

—En eso tiene Vd. razón; deberíamos quedarnos en París... Pero mi madre quiere volver aquí para estar enferma á su gusto: ya no puede más; ayer me decía que le dolían los extremos de la boca; á fuerza de sonreír... Y como Odette se marcha, yo no puedo dejarla sola...

—Tendrá Vd. la satisfacción de cuidarla—insinuó La Brève.

—Sí—repuso Huberto, poco convencido.—La compadezco mucho. Eso no es vivir. Y volveré á verles á Vds. Tampoco es vida lo que Vds. llevan.

—¡Ya lo creo!—exclamó alegremente Evelina, cuyos ojos brillaban con inocente malicia — ¡Ya ve que nos vienen á visitar!

—¿Quién? — preguntó Huberto, mirando detrás de sí.

—¿Usted?...

—¡Oh! ¡yo!...

Lanzó á la joven una mirada, tan nueva para ella, que se puso colorada. Para ocultar su azoramiento, llamó á Elmira y pidió te. La conversación decayó, pues Huberto había terminado sus provisiones de elocuencia, y la presencia del señor de La Brève le molestaba enormemente.

Después de haberse tragado dos tazas de te, hiriendo, se levantó.

—Venga Vd. á ver mi trineo—dijo;—me lo han en-

viado de Rusia. Es muy divertido, ¿quiere Vd. dar una vuelta? Yo lo guiaré...

Evelina tenía muchas ganas de contestar afirmativamente; pero su padre dijo que no, dorando su negativa con un pretexto muy atento, y Huberto se marchó.

—Me parece que se hace muy familiar — observó La Brève.

La joven se encogió ligeramente de hombros, como diciendo: ¡Pobre muchacho, no tiene él la culpa! y pareció no volver á pensar en él.

XIII

No habían transcurrido aún ocho días, cuando se presentó de nuevo Huberto, repitiendo también su visita durante las dos semanas siguientes.

Sus visitas eran cortas, é igualmente su conversación, corta sobre todo, de ideas; y cualquiera que le hubiera oído, se hubiese preguntado lo que iba á hacer á aquella casa; y quien le hubiera visto podría responder que sólo acudía para contemplar á Evelina, pues no la quitaba ojo.

—¡No hay duda que ese señor está enamorado de la señorita, cuando viene aquí tan á menudo!— dijo José á Elmira, tostándose, so pretexto de calentarse, ante el fuego de la cocina, un día en que el visitante, que había venido á caballo, le obligó á permanecer una hora en la cuadra; al lado del precioso animal, que, al parecer, se aburría solo.

—¿Ese?... No sé nada—repuso la honrada mujer con aire inquieto.—Dicen que no se debe hablar de lo que no se sabe; le aconsejo, José, que no abra la boca delante de nadie que no sea yo.

—¡Oh! ¡bah! ¡no hay nada malo en eso!—dijo José.

—¡La señorita es muy linda!

—¡Está bién!—repuso Elmira, volviéndole la espalda, lo que le dejó estupefacto, pues eran buenos amigos, y hasta era, Elmira, madrina de uno de sus once hijos.

Llegada la noche, después de practicar su ronda nocturna por el cuarto de Evelina, de abrirle la cama, de comprobar que las ventanas se hallaban bien cerradas y, según costumbre del campo, de mirar debajo de los muebles, Elmira fué al comedor, á reunirse con el señor de La Brève, que permanecía pensativo, tendido en una butaca.

—¿Ha tenido el señor noticias de la señorita de Trémégny, que debía casarse, cuando el señor y la señorita asistieron á aquel baile?

—¡Sí, Elmira; ya se ha casado!—respondió el amo, con cierta sorpresa, pues Elmira no se ocupaba apenas de lo que acontecía fuera de la Roseraie, ó á lo sumo de Chantocé!

—¡Ah! muy bien... ¿Y no sabe el señor, cuando se casará el Sr. Huberto?

La Brève se empinó sobre sus codos y, mirando á la vieja criada, le preguntó:

—¿Está, acaso para casarse?

Los ojos del amo y de la sirvienta se encontraron, y aquél pudo leer en los de ésta, lo profundo de su afecto y la inquietud que recelaba la humilde mujer por la dignidad de la casa.

—Cuando estuve en Trémégny—repuso Elmira, despacito, y como con tristeza—se decía que una boda no viene nunca sola, y que la señora se trasladará á París para vivir con sus hijos.

El señor de La Brève, dejó caer sus brazos, y reclinó su cabeza contra el respaldo de la butaca.

—No tendrfa nada de particular, Elmira; pero eso no es cuenta nuestra.

—El señor tiene razón—replicó respetuosamente la noble criatura.

Limpio un poco la mesa con el borde de su delantal, y luego continuó:

—Decían, también, que el señor Huberto, estaba próximo á casarse con una señorita muy rica, hija de un banquero. Parece ser, que ha contraído muchas deudas y necesita dinero. Dijeron el nombre de la señorita; pero no lo oí muy bien, y no me atrevía á indicarle que lo repitieran.

Elmira permanecía mirando al suelo, con la cara medio contrariada, sintiendo que cumplía un deber, y casi avergonzada del asunto.

—¿Está Vd. muy segura?—preguntó La Brève, levantándose.

—Sí, señor.

—Está bien, Elmira... Buenas noches.

—Buenas noches, señor... ¿No necesita nada más, el señor?... ¡Buenas noches!

La anciana salió cerrando suavemente la puerta. Su amo empezó á recorrer la vasta y sombría habitación, con paso lento.

¿Qué juego hacía, entonces, Huberto?... Si era verdad... ¿Estaría tan enamorado como para renunciar á un matrimonio rico? ó bien, ¿quería simplemente entretenerse hasta el día de su boda?

Nunca le plugo la idea de tener por yerno á aquel joven; pero si Evelina lo quería, él consentiría, con esa especie de tristeza que experimenta un coleccionista obligado á desprenderse, á bajo precio, de una pieza inestimable.

Indudablemente, hubiera preferido para su hija, un marido inteligente, formal, capaz de apreciarla; pero, ¡cada cual se casa como puede!... El padre estaba seguro de que su hija aportaría á cualquiera unión las suficientes paciencia y alegría natural para soportar las penas con paciencia y cariño.

Pero si Huberto trataba sólo de divertirse...

Entreabrió la puerta del comedor; en la de la cocina, se veía un fuerte resplandor que anunciaba que la sirvienta velaba aún. La llamó á media voz.

—¿Está Vd. segura, Elmira, de que no se acordaría del apellido de la señorita?—preguntó, así que hubo aparecido la nodriza, que estaba muy asustada.

—Si el señor pudiera decirlo delante de mí, tal vez yo lo reconociese.

La Brève citó cinco ó seis apellidos; Elmira movía la cabeza, negativamente.

—Mérignan... dijo el anciano.

—¡Sí, señor, eso es! Yo entendí Marignan, pero es esa.

El día siguiente, durante la comida, observó atentamente el rostro de su hija, el cual se hallaba tranquilo y risueño, como de costumbre; nada denunciaba inquietud, ni siquiera incertidumbre.

¡Una niña tan lista é inteligente como Evelina; no podía amar al necio de Huberto!

Pero el amor propio produce heridas, á veces, tan crueles, si no tan profundas como el verdadero amor: ¿sería posible que pudiera padecer ella por causa de aquel majadero?

—¿Te ha hablado alguna vez Odette, de la señori-

ta de Mérignan? —le preguntó, de repente, su padre.

Evelina le miró con completa tranquilidad.

—Creo que sí; pero no he hecho mucho caso.

—Los Mérignan son muy ricos. Yo he conocido, en otro tiempo, á la señora de Mérignan; era una muchacha de Brossac, encantadora, bien educada. Preguntaré á Huberto si la ven en su casa; me gustaría tener noticias suyas. Si su hija se le parece... ¿Ya me lo recordarás?

—Pierda cuidado, papá; haré un nudo en el pañuelo—repuso Eva riéndose.

Apenas terminado el almuerzo, la joven escribió en una pizarrita, colgada al lado de la chimenea: «Recordar á papá, que pregunte por la Mérignan.»

—Ya ve Vd., papá, que cuido de su encargo.

—Gracias—contestó la Brève, besándola en la frente.

La ocasión no se dejó esperar; pocos días después, el apuesto Huberto apareció, con un tiempo en que reinaba fuerte viento, bajo aquel sol brillante de marzo, que, según un viejo dicho, predispone á la locura. Y en realidad, tenía todo el aspecto de loco que permitía su naturaleza de autómeta bien construído.

—Hace un viento como no puede nadie formarse idea, señorita—dijo Trémégny, después de saludar á Evelina.—¡He creído que se escaparía mi cabeza con mi sombrero!

Ella le miró con aire un poco burlón, como para decir que no se hubiera perdido gran cosa; el señor de La Brève no se hallaba presente; en cambio, Lord se instaló frente á su butaca y ponía cara de buen

guardián; además, Elmira, sin saber por qué, no hacía más que ir y venir.

—¿De modo que se encuentra Vd. solita?—dijo Huberto, acercando su silla á la de la joven.

—No por mucho tiempo; han venido en busca de mi padre, para ver las viñas; ¿hay algo más pesado que las viñas?

—¡Oh! sí—repuso Huberto, con una sangre fría pasmosa—una inclinación.

Evelina soltó una carcajada; su buena naturaleza de joven coqueta, no le permitía tomar nada en serio, á menos de... Pero nunca tuvo ocasión de saber lo que podría considerar seriamente. A Nollard, le había tomado por lo trágico, y luego por lo cómico, en sus conversaciones privadas con Lord, que con ese motivo había recibido numerosas confidencias.

—¿Se ríe Vd.? ¡Eso no está bien!—exclamó Huberto, sin descorazonarse.—¿Sabe Vd. lo desgraciado que es uno, cuanto tiene una inclinación... y se burlan de él?

—¿Quién?—preguntó Evelina.

—La persona.

Aquí se calló. La joven le miró sin turbarse lo más mínimo. Huberto, viendo que tendría que poner los puntos sobre las *ies*, prosiguió con nueva elocuencia:

—No está bien el burlarse de las personas que aman.

Evelina repuso muy seria:

—No nos conocemos lo bastante para ser grandes amigos, caballero, y por eso, no tengo remordimientos. Además que, yo no me burlo de Vd...

—¡Pero se ríe!

—¡Porque dice Vd. cosas graciosas! ¡Me río de lo que dice, que no es lo mismo!

—De todos modos, hace Vd. mal en reirse, porque...

La Brève entró, casi sin aliento; Elmira le había avisado por José, que en aquel momento se hallaba jadeante en la cocina, por lo mucho que había corrido.

—Buenas tardes—dijo á Huberto, que se quedó desconocido; éste, que no tenía la suficiente serenidad para salir de un mal paso, no sabía lo que decir; Evelina, que quería ayudarle á hablar, se acordó de la pizarra.

—Papá,—dijo, inocentemente—me dijo Vd. que le hiciera acordarse de la señora de Mérignan, cuando viniese el Sr. de Trémégny.

Nunca produjo tan fulminante efecto la cabeza de Medusa; La Breve no necesitó más que mirar al joven, para convencerse de que las habladurías de sus criados no carecían de fundamento.

—En efecto,—dijo, con calma, aunque bullía la sangre en sus oídos.—En otro tiempo, conocí á la señora de Mérignan; se parece mucho á su madre, que era una mujer perfecta.

El desgraciado Hubert no sabía lo que hacer; felizmente para él, era, como dijo Nollard, un hombre de palo, lo cual puede salvar en circunstancias delicadas.

—Se encuentran muy bien las dos—respondió, adquiriendo toda la correcta rigidez, de su actitud ordinaria.

—¿Y muy ricas? No está, la señorita de Merignan,

próxima á contraer matrimonio?—continuó, despiadadamente, el padre de Evelina.

—Creo... que sí—contestó el desdichado, sumamente confuso.

Cayó pesadamente el silencio; Evelina, cuyos ojos se dirigían sucesivamente del enamorado á su padre y de éste á aquél, comprendió todo de una vez, por una facilidad de adivinación que le hacía honor.

El vivo carmín de la ira subió á sus mejillas; pero, recordando que Nollard le costó una dislocación, resolvió mostrarse dueña de sí misma.

—Papá, debería Vd. enseñar sus viñas al Sr. Trémégny—dijo;—estoy segura de que, en su calidad de propietario rural, tiene mucho que aprender de Vd., y eso no dejaría de interesarle.

—Es Vd. muy amable—repuso Huberto;—pero hoy, no tengo tiempo.

—¿Tiene que hacer visitas, en los alrededores?—preguntó cariñosamente La Brève.

—Sí... tengo que llegarle hasta Ingrandes...

—¿A casa de su notario?—interrogó Evelina con un acentuado rayo de malicia, en sus ojos.

—Precisamente...

Notando que se enredaba, Trémégny tomó el único partido aceptable y se levantó.

—¿Irá Vd. pronto á París?—dijo La Brève—Si ve á la señora de Mérignan, como la verá probablemente, me hará el obsequio de decirla que ha visto Vd. á uno de sus antiguos admiradores, que se acuerda respetuosamente de ella.

—¡No lo olvidaré!—repuso Huberto; dió á su ver-

dugo uno de sus apretones de manos automáticos, saludó á Evelina con una ligera inclinación de cabeza (como medida preventiva, la joven había introducido sus manos en los bolsillos de su delantal), y se retiró, acompañado por su huésped.

Cuando éste volvió al comedor, vió á su hija, en pie, junto á la ventana.

—¿Sabías que va á casarse con la de Mérignan?—le preguntó.

—¡Pobre muchacha! ¡La compadezco!—murmuró Evelina, algo encolerizada.—No, no lo sabía. ¡Cuando Vd. se ha presentado, estaba él á punto de hacerme una declaración! ¿Su futura es rica? ¡Pagaré caro una cosa tan insignificante! ¿De modo, que hay que ser rica para casarse, aunque sea con un tonto?

—Sin ser rica, puede una casarse con un hombre de talento—observó tiernamente La Brève.—Abrazame, hija querida.

Eva rodeó con sus dos brazos el cuello de su padre. ¡Qué bueno es tener á quien abrazar, en las penas!

El amor propio de la joven estaba ofendido, y acaso más por la idea de que se hubiera casado con Huberto, si éste lo hubiera solicitado, que por la del engaño del gran necio; pero Eva era demasiado orgullosa para dejar traslucir su resentimiento.

Por la noche, en su camita, se permitió llorar un poco, de rabia, y también de humillación; pues aun no había aprendido que uno no es sólo humillado por sus propias faltas.

XIV

El señor de La Brève, deseoso de proporcionar alguna distracción á su hija, la condujo á Angers, para ver á una parienta anciana, que les había manifestado siempre gran cariño. Durante los ocho días que permanecieron en aquella hospitalaria casa, la vieja prima no escatimó nada para recrear á Evelina; una gran cena, seguida de una brillante velada; varias reuniones en casa de algunas amigas, de esas verdaderas amigas á quienes puede pedirse que se molesten para complacer á uno, en fin, todo cuanto puede inventar una ingeniosa benevolencia.

Evelina volvió á su casa pensativa, lo que nunca le había sucedido, y permaneció varios días en esa disposición de ánimo. Una mañana, su padre la encontró en el comedor, adonde había bajado antes que él, cosa rara, y le demostró su alegre extrañeza.

—Es que tengo que hablar con Vd., papá—dijo Eva, gravemente.—He estado pensando una cosa, toda la noche...

—¡Toda la noche!..., ¿luego, no has dormido? ¿Estás enferma?

—No, papá; me encuentro admirablemente; pero, ya verá Vd., he reflexionado mucho, voy á cumplir diez y nueve años, un día de éstos, y ya es hora de pensar en lo porvenir.

La Brève contestó con una sonrisa, y se sentó para escuchar mejor.

—Vd. tiene tres mil francos de renta, según me ha dicho—expuso Evelina;—¿eso no es un capital, sino una renta?

—Es lo que se llama un usufructo—repuso el padre, contristado por el giro que tomaba la conversación.

—¿Es decir, que como verdadero capital, no tenemos más que la Roseraie? De modo que si hubiera de señalarme un dote, éste consistiría en la Roseraie?

La Brève movió afirmativamente la cabeza.

—Pues bien, papá, lo he pensado bien, he oído y he comprendido; ¡no teniendo más dote que la Roseraie, no me podré casar nunca!

El anciano se quedó pálido; su hija, que le miraba, corrió á él y le abrazó.

—No quiero disgustarle á Vd.—dijo acariciándole.—¡Vd. es el mejor de los hombres y de los padres, y yo le adoro! Pero no es Vd. un niño, y seguirá conmigo mi razonamiento. La Roseraie es una tierra que ha producido enormes beneficios, en proporción á su extensión; ahora, esos beneficios han quedado reducidos á muy poca cosa. ¿Por qué? Porque las viñas están dañadas. Habría que renovar el viñedo; notará Vd., papá, que hablo exactamente, como el *Monitor vinícola*, lo cual le probará, que he estudiado el asunto. Pero, no teniendo capital, no se puede renovar el viñedo: luego, la Roseraie, no produciría nunca más de lo que produce ahora; sino que dará cada vez menos.

La Brève escuchaba mudo de sorpresa. ¿Había oído esa niña todo cuanto se decía en torno suyo? ¿Ella, que parecía ajena á tales consideraciones? ¡Y lo había comprendido! ¡ay! ¡demasiado bien!

—Por consiguiente—prosiguió Evelina, que se había detenido para respirar;—sin capital, la Roseraie se hallará siempre en peligro; con dinero, produciría buena renta, pues la tierra es excelente... Por otra parte, yo estoy expuesta á no casarme nunca, sin dote; ¡oh! no pido un dote enorme, sino muy pequeño, para no desanimar á los aficionados...

Sonreía, con un tinte de amargura en su ligera ironía, y su padre sintió oprimírsele el corazón.

—¡Pues bien! padre, ya que la Roseraie, en el estado actual es un capital muerto, y que sin embargo, representa un valor negociable, bastante regular, no hay más que una solución: ¡vender la Roseraie!

—¡Vender la Roseraie!—exclamó dolorosamente el señor de La Brève.—¡La Roseraie, en donde yo he nacido, en donde esperaba morir!...

—En primer lugar, papá, Vd. no se morirá—interrumpió Evelina, colmándole de besos.—¡Vd. vivirá siempre, conmigo, se entienda! Pero hay que ser razonable; el sentimiento es una cosa excelente, muy dulce; mas en la vida hay otras cosas, antes que el sentimiento...

La joven sonreía al pronunciar esas palabras crueles, sonreía con su gracia exquisita de hija adorada y de niña irresistible, y tan bien, que al verla, su padre no pudo menos de pensar que tenía razón: había algo más que el sentimiento en la vida, sí, existía la necesidad de mirar por la dicha de esa criatura tan propia para gozar de ella.

En medio de todo, esto era también sentimiento; pero un sentimiento que Eva no dejaría de probar.

—¿Lo has pensado bien, Eva?—balbuceó gravemente, después de haberle devuelto sus caricias.—¿Sabes que me pides un gran sacrificio, una de esas cosas que desgarran el corazón, antes de cumplirlas, mientras se cumplen, después de terminadas... y siempre?

Evelina, á su vez, se puso muy seria.

—Queridísimo padre—observó,—me he dado cuenta; y crea Vd., que si le hablo hoy de esto, es porque no he encontrado medio mejor para salir de una situación difícil... Si la desgracia quisiera... (los ojos de Evelina se inundaron de lágrimas; pero continuó, tratando de asegurar su voz), si cayese Vd. enfermo, y empezase á pensar entonces, que yo podría quedar pobre y sin apoyo, pasaría Vd. horas muy dolorosas, muy amargas... Y eso es lo que yo quisiera evitarle.

La joven se deshizo en llanto y se arrojó al cuello de su padre, que la cogió sobre sus rodillas, estrechándola contra el corazón, sin decir una palabra.

¡Tenía razón! Por más extraño que fuera el lenguaje de la sabiduría, en una boca tan fresca, por más extraordinaria que pudiera parecer tal apreciación de la realidad de las cosas en aquel cerebro tan joven, tenía razón, y él, padre, había vivido hasta ahora en una utopía, en la quimérica esperanza de que sus viñas sanarían con cuidados, de que su hija se casaría sin dote... ó por mejor decir, él no había pensado en nada, había dejado deslizarse su vida dulcemente, á la claridad de aquel rayo de sol que penetró en su casa.

¡Pero indudablemente, su hija tenía mil veces razón! ¿Qué haría Evelina con la Roseraie, y sin dote

ni marido, si el padre llegase á desaparecer? ¡Ah! ¡por qué no se había encontrado un joven leal que aceptase las dos juntas, hija y propiedad, y se contentase con vivir allí, con poco, y feliz!

Sí, feliz; á pesar de la cada vez mayor disminución de su fortuna, ¿no era él, Pedro de La Brève, feliz, en aquel lugar donde sus padres habían vivido satisfechos? Y aferrándose en la idea que acababa de surgir en su imaginación, manifestó:

—Ves tú, Eva, siempre pensé que la Roseraie sería tu dote, como ha sido el mío, y que alguno, es decir, tu marido sería dichoso viviendo aquí, contigo, como yo he vivido con tu madre; y esto puede suceder, hija mía, eres aún muy joven.

—Es verdad, padre mío—murmuró Evelina;—pero dentro de algunos años ya no seré tan joven, y todo continuará en el mismo estado...

¡No! ¡algo habría cambiado, y La Brève lo sabía! La propiedad, descuidada, habría cambiado de valor, pues para ver á Evelina bien equipada, para no encerrarla absolutamente entre sus rosales, tendría el padre que renunciar á mil pequeñas mejoras que hasta entonces había podido eludir.

Llegó un momento en que estuvo á punto de maldecir á la Vigeran, que destrozó tan fuera de tiempo la existencia tan bien arreglada por Evelina; pero instantáneamente se contuvo; sin aquel trastorno imprevisible, no hubiera tenido nunca la alegría de ver á su hija en su casa, y hubiera seguido siendo para él casi una extraña... La Brève era un hombre de buenos sentimientos, y, á pesar del disgusto que padecía en aquel

instante, pensaba que era feliz, muy feliz, al tener consigo á Evelina y al verse obligado á preocuparse de su suerte.

Callaron los dos, persiguiendo ideas de alegría y de tristeza. El porvenir se presentaba con colores halagüeños á la joven, puesto que, en medio de todo, su padre no dejaba de atenerse á las razones por ella expuestas; Eva conocía su excesiva belleza, y, pensaba, para sus adentros, y sin confesarlo, que entre los presuntos adquirentes de la Roseraie, tal vez, llegaría alguno que supiera apreciar los encantos de la propietaria. ¿No sucede eso mismo en las novelas?

Y Evelina consideraba ya como un hecho, lo que podría acaecer por una casualidad, pues aunque no era una joven novelera se le antojaba que en la vida se han dado casos parecidos al que ella imaginaba y que no carecía de cierto ideal.

—Papá—dijo tiernamente, acariciando con sus dedos la mano que La Brève dejada entreabierta sobre sus rodillas.

El padre se estremeció como si saliera de un sueño.

—¿La Roseraie?—preguntó,—¿quieres vender la Roseraie?—se detuvo; el sacrificio era verdaderamente cruel.—Déjame algunos días para reflexionar, querida; no puedes figurarte lo íntimamente unido que está mi corazón á esta vieja casa...

Evelina le apretó la mano, con una especie de conmiseración.

Se apiadaba de él por el visible dolor que le producía aquella idea; pero con esa piedad lejana que se siente por las desgracias que no le atacan á uno.

No obstante el respeto verdadero que ahora le inspiraba su padre, por la rectitud de su conducta, y por el aprecio en que le tenían cuantos tuvieron ocasión de conocerlo, Evelina conservaba todavía, de su infancia, un fondo de escepticismo sobre las preferencias y los sentimientos de aquel hombre excelente, tan poco comprendido y apreciado por su mujer.

La joven manifestaba para aquel apego á las piedras y á un trozo de tierra que no producía ya el interés normal, la indulgencia, algo desdeñosa, que se tiene para las debilidades de ciertos padres, ciegos cuando se trata de su insoportable prole. La vieja casa no decía nada á Evelina.

—Tómese Vd. el tiempo necesario, papá—repuso Eva con real generosidad;—no quisiera obtener su consentimiento precipitadamente; sólo lo aceptaré, cuando Vd. se halle plenamente convencido.

¿Convencido? Ya lo estaba y muy amargamente; pero quería retrasar algunos días, algunas horas, aunque no fuera más, el momento de su derrota.

Durante media semana, anduvo errante por todos los rincones de su patrimonio, evocando recuerdos, recogiendo impresiones, saturando su alma de la melancolía de la despedida, como si el mero hecho de poner su casa en venta debiera consumir la separación; luego, cuando hubo apurado la última gota del cáliz, dijo á su hija:

—Estoy decidido, Evelina; vamos á anunciar que se vende la Roseraie.

Eva experimentó también cierta pena al verle taciturno, comiendo poco, y dolorosamente preocupado;

hubo un instante en que creyó que su padre no la amaba, y en la herida que esa idea produjo en su corazóncito, incompletamente desarrollado, se percató de que ese padre, á quien trataba como un niño, le era más querido de lo que ella imaginaba. Comprendió lo mucho que ansiaba la estimación del anciano y lo mucho que sufriría si su padre la juzgase frívola ó ingrata. Antes de responder, le miró atentamente: las mejillas de La Brève estaban hundidas, sus hermosos ojos parecían haber perdido su brillo, los párpados se hallaban algo rojos... ¿habría llorado?

De repente se avergonzó Evelina de lo que había hecho; sin darse cuenta de la ligereza con que había separado ella los recuerdos de toda una vida, considerándolos como cantidad despreciable, vió el resultado material, es decir, las luchas del alma que revelaban aquellos ojos y mejillas: entonces, renunció, con absoluta sinceridad, á sus planes, así como á las consecuencias que pudiera traer consigo su decisión, y balbuceó:

—Querido papá, le suplico que no haga nada, si ha de producirle la menor pena; Vd. conoce el mundo mejor que yo, y puede ser que yo esté equivocada. De todos modos, no quiero ocasionarle el menor disgusto...

La Brève dió á su hija un beso, que era su mejor recompensa.

—Estoy resignado, querida; y además, creo que es mi deber.

—En ese caso, papá—dijo alegremente Evelina, corriendo hacia un escritorio instalado en un rincón

del comedor, junto á la ventana,—hay que redactar el anuncio.

—El notario se ocupará de eso—replicó La Brève con cierta contrariedad.

—¿El notario? ¡naturalmente! pero hay que anunciarlo en los periódicos, de lo contrario, nadie lo sabría. ¡Vamos, papá, ayúdame! Debemos poner un buen anuncio, que dé á las gentes ganas de comprar, ó, cuando menos, de visitar.

—¡Visitar! ¡es verdad! No se compra una propiedad sin haberla visto; tendría, por tanto, que sufrir el engorro de las visitas, pasearse con los supuestos compradores, soportar la odiosa costumbre de regatear...

—No se preocupe Vd., papá—observó Evelina, que leía en el rostro del anciano,—no le molestarán á Vd., eso me corresponde á mí y me encargaré de recibir las visitas.

Y, en una hoja de papel, escribió con gruesos caracteres:

LINDA PROPIEDAD EN VENTA

Contiene: *Habitaciones, cuadra, cochera, lagar, jardín, huerta, viña y prado.*

—¿Que extensión, papá?

—Diez hectáreas, contando las viñas de arriba y los prados de abajo.

Escribió triunfalmente la cifra, en números redondos.

—Y ahora—continuó Evelina,—José pegará esto á una tabla y que lo clave en el fresno grande que hay al lado de la valla...

La Brève titubeó. La Roseraie no había conocido nunca la humillación de un cartel.

—Vamos á ver, papá—exclamó la práctica chiquilla—¿qué le importa al fresno que le introduzcan un clavo?

—Absolutamente nada—replicó el padre, sacudiendo su tristeza;—encárgate tú de eso; yo me vuelvo á mis viñas, y esta tarde iré á Ingrandes, á casa del notario, pasado mañana á Angers, y el día siguiente á Nantes.—Después de una breve pausa, añadió:—¿No has recibido noticias de tu madrina?

—Desde que me envió esa caja de guantes, el primero de año, no he vuelto á oír hablar de ella; ahora estará muy atareada: ¡un marido debe dar gran trabajo!

Cuando salió La Brève, su hija llamó á Elmira, mandándola en busca de José. Este se quedó lívido ante el rótulo.

—¿De modo que van Vds. á vender una propiedad?—preguntó el criado abriendo mucho los ojos. Evelina dejó ver un ligero movimiento de impaciencia ante la estupidez de su *factotum*.

—La Roseraie—contestó secamente.—Pegue Vd. eso á una tabla, en seguida, y cuando esté seco, lo clava en el fresno de la carretera, bien á la vista.

—¡La Roseraie! ¡Quiere Vd. vender la Roseraie!

¿Bueno, y qué haremos, entonces, nosotros?

—¡A mí qué me importa!—repuso la joven, con cierta brusquedad.—Haga Vd. lo que le mandan.

José, completamente trastornado, se llevó el anuncio á la cocina.

—Elmira—dijo, dejándose caer en un banco,— ¡pues no quieren vender la Roseraie!

—¡Me lo temía!—replicó la buena mujer. Y en seguida brotaron lágrimas de sus ojos; pero las enjugó vivamente con la punta del delantal sin que tuvieran tiempo de humedecer su rostro.—Lo sospéchaba hace mucho tiempo; era imposible que no se le ocurriese á la señorita. Ella no conoce la casa y no puede, apenas, tenerle cariño.

—¡No importa! ¡Es una mala idea! ¡Muy mala!—exclamó José.—¡Cuando se tiene una casa, hay que conservarla! ¡No todos tienen una casa; ya quisiera yo poseer una! ¡Con seguridad que no la vendería!

—¡Vd. no entiende de eso, José. Y además, no es cuenta nuestra. Hagamos lo que se nos manda, y así no tendrán nada que reprocharnos. Váyase al granero, allí no faltan cajones, coge Vd. uno limpio, y con una sierra, lo arregla para sacar la tabla que necesita. Yo voy á fabricar la cola.

El cartel fué colocado el mismo día; después que José lo contempló por todos lados, para ver el efecto, fué á dar cuenta á la señorita.

—Ya está listo, señorita—dijo,—me parece que no ha quedado bien, y además, produce un efecto raro.

Evelina se trasladó para ver el objeto. Para ser un cartel rústico, no estaba del todo mal; sin embargo,

pensó mandar construir otro, más grande y más conforme con el uso, cuando tuviera ocasión.

Al regresar La Brève, de Ingrandes, en donde vió á su notario, divisó el anuncio y permaneció inmóvil. ¿Ya estaba hecho? ¿No podría nada, impedir aquella desgracia?

Aparte de que no era seguro que tuvieran la suerte de encontrar comprador, ¿no le pertenecía la Roseraie, como simple depósito, del cual tendría que desprenderse para entregarlo, algún día, en manos de cualquier advenedizo?

—¡Oh! ¡querida Roseraie!—pensaba el anciano, con el corazón dolorido—¿quién me había de decir que te abandonarías?... Pero lo hago por Evelina.

Y, en lugar de penetrar en la casa, se marchó, aunque se hallaba fatigado, á las viñas más lejanas, y sólo regresó á la hora de cenar.